

COMENTARIOS Y REPLICA

Comentario de Carlos Iván Degregori

ESCRIBO ESTE COMENTARIO desde una posición difícil, pues me encuentro tres brechas más allá de la realidad sobre la cual opino. La primera es la que separa a entrevistados de entrevistadores. La segunda, la que separa a éstos de María Angela Cánepa. La tercera, la que me separa de María Angela, quien ha leído las entrevistas, conoce a los entrevistadores y ha seguido el proceso de discusión en el IPA. En un principio sólo conocía su artículo. Luego logré acceso a un par de entrevistas y fue como mirar por el ojo de una cerradura un escenario abigarrado donde se desarrolla una historia muy compleja.

Me quedan, por tanto, pocas opciones. Aparte de complementar el enfoque psicológico del artículo con una aproximación antropológica, he optado por tratar de convertir esta lejanía en ventaja, dejar volar la imaginación y convertirme en abogado del diablo. Antes de vestirme con ese ropaje, quiero reconocer la importancia de la dimensión subjetiva en los estudios sociales. Y dentro de ella, la importancia del lenguaje. Como bien señala María Angela Cánepa, las palabras no tienen un significado

COMENTARIOS

unívoco. Ella habla de la necesidad de una traducción, no sólo del quechua y el aymara al castellano, sino dentro del propio castellano. Podríamos llenar un diccionario con el cambio de significado de palabras que nos parecen transparentes, cuando son pronunciadas por diferentes personas y/o grupos sociales en diferentes contextos. María Angela apunta a términos como «maldad» o «aburrimento»; pensemos en otros como «consciente» o «noble» para mencionar los dos primeros que vienen a mi mente. Quiero aclarar también que reconozco las grandes carencias afectivas de los jóvenes entrevistados y lo quebradizo de las identidades que a partir de esas carencias se construyen. Sólo quiero presentar una visión que matice ese cierto pesimismo que recorre el texto.

LA UBICACIÓN DEL QUE PRONUNCIA EL DISCURSO.

Cuando María Angela Cánepa se aproxima a las entrevistas de jóvenes quechuas y aymaras del sur andino parece tener en su mente prototipos ideales de padre, madre, niño y adolescente. Nos habla desde un *deber ser* que recoge lo más avanzado, en el sentido de humanista y democrático, de la psicología y la pedagogía a las puertas del siglo XXI. Cuando se refiere a los adolescentes, por ejemplo, afirma:

«Hay otras dimensiones ausentes en el registro de su adolescencia: el poder, vitalidad, distanciamiento, que suelen traer consigo tales procesos fisiológicos y psíquicos. De cada uno depende usar este nuevo potencial, o no hacerlo, para realizar cambios, desear cosas y buscar llevarlas a cabo. Tener un guión de vida propia, diferenciada de la de los padres y de lo que «otros» pueden esperar de ellos».

Hasta donde conozco, la propia *construcción* del niño y del adolescente con las características del párrafo

CARLOS IVAN DEGREGORI

anterior son bastante recientes. Hasta no hace mucho, los niños eran considerados pequeños adultos y la adolescencia prácticamente no existía. En las diferentes culturas precapitalistas, los ritos de pasaje marcaban el paso de la infancia a la adultez, casi sin pascanas intermedias. Más que un guión de vida propia diferenciada de la de los padres, se esperaba que ellos repitieran un guión cuyo argumento central se perdía en la noche de los tiempos. Era la tradición. Los ritos de pasaje tenían, entre otros fines, el propósito de reforzarla. Convertir a los adolescentes en los nuevos actores de ese antiguo guión.

La diferenciación era mal vista. No sólo la individual sino incluso la familiar. Podía provocar envidia, mal de ojo y otras desgracias. Los textos antropológicos, no sólo peruanos, están llenos de ejemplos. También la literatura. *Beloved*, novela de la gran escritora afroamericana Toni Morrison, narra las desgracias que una familia negra del sur de los EEUU padece cuando, precisamente por diferenciarse, desatan la envidia del pueblo. *Ushanan jampi*, cuento de López Albújar, narra el triste final de Conce Maille, el joven rebelde que imaginó un guión diferente al prescrito por los yayas y terminó expulsado de la comunidad, siendo posteriormente asesinado.

MODERNIDAD Y CAMBIO.

En otras palabras, tal vez María Angela le pone una plantilla demasiado moderna a un universo todavía en cierta medida premoderno. Recién con la modernidad surgen masivamente los individuos con sus propios guiones y se pasa del «eterno retorno» a esa situación en la cual, según la frase de Marx que dio título a un famoso libro de Marshall Berman, «todo lo que es sólido se evapora en el aire».

Vistos desde la modernidad, los jóvenes surandinos aparecen rutinarios, reprimidos, resignados. No niego, repito,

COMENTARIOS

que las condiciones afectivas en las cuales crecen dejan muchísimo que desear, pero esos mismos adjetivos son los que utiliza la prensa en estos días para definir el futuro que le espera a Masako Owada, la economista plebeya que acaba de convertirse en esposa del heredero al trono del Japón. Una muchacha moderna que ingresa a una de las instituciones más tradicionales del mundo, donde tendrá que reprimir su individualidad y resignarse a la rutina asfixiante de la casa imperial.

Felizmente la situación de los jóvenes surandinos no es tan rígida. Dentro de sus propias comunidades, entre la pubertad y el matrimonio viven un período breve pero bastante intenso, en algo semejante a la adolescencia urbana. Muchachas y muchachos solteros adornan sus sombreros con flores y en la soledad de las punas o en el ajetreo de las ferias y las fiestas gozan de una libertad sexual tal vez mayor que la de sus pares urbanos. Eso es posible constatarlo y así lo atestiguan también trabajos como *La sangre de los cerros* de los hermanos Montoya o *Amor Brujo* de Millones y Pratt, entre los más recientes. En lo que se refiere, pues, al aspecto sexual, quizás el problema sí esté en los entrevistadores.

Las posibilidades de escapar a la repetición se amplían cuando se traspasan las fronteras del mundo rural. Para eso el campesino ha conquistado dos instrumentos: la escuela y la migración. María Angela enfatiza sólo su carácter de «mito», en el sentido de ilusión engañosa. Pero también tienen un aspecto democratizador. Durante siglos, en los países andinos el acceso a la escuela y a las ciudades estuvo vedado a las poblaciones indígenas. En Bolivia lo era por ley hasta la década de 1940, hace apenas 50 años. Como señala Nugent en *El laberinto de la choledad*, en nuestro país no fueron necesarias leyes pero los muros urbanos se mantuvieron firmes hasta que fueron desbordados recién en la segunda mitad de este siglo. Escuela y migración tienen por cierto mucho de ilusión, pero, al menos hasta la década pasada, también

CARLOS IVAN DEGREGORI

tuvieron mucho de realidad como mecanismo de movilidad social y escape de la servidumbre.

En todo caso, tanto o más de ilusión tiene la confianza de los jóvenes urbanos en que profesiones como computación, modelaje o ingeniería de sistemas les permitirán «triunfar». Trabajos como *Los otros empresarios* de Adams y Valdivia, sostienen que los migrantes rurales que llegan a la ciudad resultan mucho más realistas en sus elecciones que los hijos de migrantes nacidos ya en la ciudad.

Y cuando los padres e incluso los hermanos mayores les dicen a sus hijos/as o hermanitos/as «no seas como yo», no están rechazando siempre y necesariamente toda su identidad, sino tan sólo su identidad clasista y tal vez las etiquetas étnicas impuestas como estigma por los dominadores. Están diciendo, tal vez, no seas como yo=pobre, yo=siervo, yo=«indio». Pero no están diciendo siempre y necesariamente no seas como yo=trabajador, yo=austero, yo=honesto. De otra manera no se explican la existencia y utilización exitosa de estrategias familiares y redes de parentesco tanto en los procesos de migración¹, como en la formación de microempresas².

Tal vez lo que aparece como resignación sea estoicismo. Al «así será pues», empleado en la comunicación con personas ajenas al grupo familiar o comunal, se le opone tajantemente el «no seas como yo», que se combina más bien con un «puede ser de otra manera», acicateado por el ejemplo de los parientes que migraron a las ciudades, los comerciantes, la escuela. Tal vez los que se quedan son los más conformistas, los menos aventureros.

¹ Véase: Golte, Jürgen y Norma Adams, *Los caballos de Troya de los invasores. Estrategias campesinas para la conquista de la gran Lima*. IEP, Lima 1987. Andreas Steinhuf, «Diferenciación étnica y redes de larga distancia entre migrants andinos: el caso de Sanka y Colcha», en: *Bulletin de l'Institut Francais d'Etudes Andines*, tomo 20, n.1, Lima 1991, pp.93-114.

² Véase: Adams, Norma y Néstor Valdivia. *Los otros empresarios*. IEP, Lima 1992.

COMENTARIOS

Pero hay ya demasiada relación ciudad-campo como para pensar que los jóvenes campesinos entrevistados son cualitativamente diferentes de aquellos que migraron. En todo caso son matices dentro de una misma matriz.

Si esto fuera así, el testimonio de la esposa de un migrante ayacuchano en San Martín de Porres, recogido por José López Ricci³, resultaría ilustrativo. Ella cuenta:

«Mire, él me aconsejaba: no Martha, así no es la vida, la vida no es solamente fiesta. Como él había tenido bastante sufrimiento mientras yo en cambio no, pues. Yo: hay un santo, vamos al santo. El me decía: no, mañana tengo que hacer tal cosa. Y yo le decía: ay, pero lo puedes hacer pasado. El me decía: no Martha, no es la vida así, no son las cosas así, las cosas son muy diferentes... Y en verdad pues, cuando yo me he dado cuenta, las cosas son en verdad como él me decía, no como yo pensaba que eran...».

Y más adelante añade, relatando el desmantelamiento de la carpintería de su esposo: «A mi esposo le afecto mucho todo esto, pero decía que así es la vida y que hay que seguir adelante. Parecía que su cólera se transformara en más ganas de trabajar y de superarse».

Era Weber quien destacaba el ascetismo y la valoración ética del trabajo incesante como palancas de expansión del 'espíritu del capitalismo'. No estamos en una situación totalmente «weberiana». Por ejemplo, en el caso peruano las redes familiares y comunales contrarrestan la individuación, pero eso que aparece como mera resignación puede ser en otro contexto uno de los pilares del surgimiento de millares de microempresarios.

³ En: *San Martín de Porres. Dirigentes y organizaciones sociales en tiempos de crisis*. Centro Alternativa, en prensa.

CARLOS IVAN DEGREGORI

Su infancia fue por lo general triste, pero no los anula para el goce y la realización personal. Además, la infancia «que se desliza en la paz de las aldeas lejanas» suele ser triste no sólo en los Andes. Uno de los entrevistados dice: «mi padre viajaba, mi madre murió, nadie me controlaba...», y me hace recordar al «mi padre era callado y mi madre era triste, y la alegría nadie me la supo enseñar», de Valdelomar.

En *Playa Terminal*, densa historia de ciencia ficción de J.G. Ballard, un protagonista dice esta frase terrible: «Al fin y al cabo cada uno de nosotros es poco más que un magro residuo de las posibilidades infinitas e irrealizadas de nuestras vidas». Pero ese magro residuo puede ser suficiente para pequeñas e incluso grandes realizaciones.

En todo caso y para concluir: el movimiento se demuestra andando. El cuadro que presenta María Angela enfatiza la continuidad, pero han habido cambios. Tal vez ahora resultan más difíciles en medio de la crisis, la violencia y la ofensiva neoliberal. Pero con el impulso de los jóvenes rurales de las generaciones inmediatamente anteriores, el Perú ha cambiado hasta volverse irreconocible para cualquier persona que lo habitó en la primera mitad de siglo. No creo que ese impulso haya desaparecido por completo.

Comentario de Andrés Gallego

En un contexto de crisis, desconcierto y violencia como el que actualmente vive el país, en el que hay quien se atreve a plantear con toda seriedad que «lo que en última instancia está en cuestión es la propia viabilidad del Perú»¹, es absolutamente imprescindible preguntarse por todo aquel

¹ Abugattas, Juan y otros, *Desde el límite. Perú: reflexiones en el umbral de una nueva época*. IDS, Lima 1992, p.9 (Presentación).

COMENTARIOS

elemento de la realidad que pueda ayudarnos a desentrañar las causas, por muy lejanas u ocultas que éstas sean o puedan parecer, de la compleja y dolorosa situación que hoy vivimos. Aunque parezca contradictorio por las dificultades que supone hacerlo en una situación de extrema confusión, la tarea de pensar, y en este caso de pensar el país, se nos impone como una necesidad. Y aquí es importante alternar dos elementos: creatividad y fantasía. Esfuerzo multidisciplinar éste, no cabe duda, en el que habría que estar especialmente atentos a aquellas entradas que, por lo novedosas en esta tarea de pensar el país, nos puedan ofrecer elementos nuevos y, quizás por eso mismo, no suficientemente tenidos en cuenta. Quién sabe, si hoy Mariátegui viviera, si no hubiera incluido en su ya clásico «7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana» el *factor psicológico*.

Y este es, precisamente, uno de los aportes posibles que creo encontrar en el trabajo de interpretación psicológica de María Angela Cánepa, basado en parte de una investigación sobre el mundo juvenil del Sur Andino impulsada por el Instituto de Pastoral Andina (IPA). Resulta obvio que, en nuestro caso, hablar de la juventud es, de alguna manera, hablar del país. El dato de que más del 50% de nuestra población es menor de 20 años es suficientemente elocuente. Las entradas *psicología y juventud* nos parecen llenas de nuevas posibilidades para pensar hoy nuestro país.

Es importante, desde el comienzo, decir «desde donde» comento, y en parte confronto, este trabajo. No soy psicólogo, antropólogo ni sociólogo. Sí tengo, sin embargo, una vieja práctica de cercanía a jóvenes, mayoritariamente andinos, en su proceso de reflexión de fe y de inserción en la problemática del país. Me interesa y me preocupa, por tanto, todo aquello que tenga que ver con identidad personal y colectiva, tanto como con la construcción del país. Si la viabilidad de ser país está hoy en juego en el Perú es porque también está en juego la

ANDRES GALLEGO

viabilidad de ser persona, y ahora prescindo de si esto es causa o consecuencia de lo anterior.

He intentado, en esta tarea de acompañamiento, ayudar a que los jóvenes, en su camino de desarrollo y maduración personal, saquen desísimos lo mejor que tienen, pero es ahí, precisamente, donde las dificultades y los retos encontrados han sido mayores. El trabajo de María Angela Cánepa creo que esboza posibles respuestas a ello.

¿INTEGRACIÓN - DESINTEGRACIÓN?

Una de las cosas que más rápidamente se sienten en una primera lectura de este trabajo es una manifiesta contradicción con la imagen ideal (o idílica) con la que frecuentemente se nos ha presentado el mundo andino: como un mundo integrado y coherente social y culturalmente, al cual había que volver la vista para recuperar las más puras esencias de la identidad nacional. Y sin negar que en ello haya verdades fundamentales y elementos totalmente válidos, tampoco conviene prescindir de las sombras, problemas y complejidades que aparecen en las entrevistas trabajadas por María Angela, por si acaso dicen hoy algo al conjunto del mundo andino. La desintegración personal es uno de los elementos que con mayor nitidez se constata en las manifestaciones de las personas entrevistadas. Dice María Angela: «los tiempos de las 'etapas de crecimiento' se funden y diluyen» (y añado: «¿y se prolongan y se pierden?») quizás por la insatisfacción de esas necesidades y seguridades básicas que nunca han sido satisfechas y a las que inconsciente y vitalmente se ha renunciado «porque se sabe que no había, materialmente, posibilidades de ser atendido». Etapas de crecimiento, entonces, que no se desarrollan ni se integran, que permanecen latentes y se superponen, que dificultan y entorpecen el proceso de una maduración personal y hacia una persona integrada. Fijada la persona a un pasado no gratificante, ¿se niega a que

COMENTARIOS

el futuro sí lo sea?, ¿queda castrada así la posibilidad del sueño, de la fantasía creadora, de la utopía personal? Dice María Angela: «tal ausencia de demandas nos parece relevante, pues parece haber cuajado en un sentido común que ha hecho del 'así será pues' una verdad», confirmando así lo que también había dicho anteriormente: «la no imaginación de que las cosas puedan ser diferentes».

Finalmente, la autora sospecha que puede haber mecanismos y estructuras sociales que hacen aún más difícil la integración personal de los jóvenes, fomentando también mecanismos de auto-inculpación: «es posible plantear que esta minusvalía, alimentada por la ausencia de experiencias de reconocimiento-atención, es producto también de la negación social del proceso de crecimiento y de la infancia en sí, que como vemos genera una gran exigencia (...), que luego produce la tendencia a la autoimputación, por la que toda culpa, carencia, recae en el propio joven, en su supuesta incapacidad para el progreso, para el trabajo, para mejorar las condiciones de vida de los suyos».

¿Es lícito pasar de la psicología individual a la social o colectiva? Hagámoslo y juguemos por un momento a la sospecha: ¿qué ocurriría si estas afirmaciones que María Angela hace con la base de nueve entrevistas personales las proyectáramos a una mayoría de los jóvenes del Sur Andino? ¿Y si, salvadas las diferencias, las proyectáramos a la mayoría de los jóvenes del país?² ¿Y por qué sólo a los jóvenes?

Por supuesto, hacer esta proyección puede resultar desaforado y desmedido, sin ninguna base mínimamente seria. Pero, ¿cuál sería la manera de confirmar o negar

² En otro de sus trabajos, referidos al mundo popular urbano, María Angela Canepa constata también esta falta de integración: «Dentro de ese marco, además, se da una fractura, un desencuentro de pasados e historias, de proyectos y de códigos, especialmente cuando los padres -serranos y migrantes- han ido perdiendo el peso de modelos ante sus hijos» (*Jóvenes de barrios populares*, en *Páginas* 102, p. 73).

ANDRES GALLEGO

esta hipótesis? Aún más, ¿no da este paso la misma autora cuando dice: «nos preguntamos si esta oportunidad se está usando o, más bien, se está perpetuando un no-poder en cada generación»?

RÁPIDA CONFRONTACIÓN

En mi experiencia de cercanía a jóvenes andinos en estos años, he observado y sentido frecuente y fuertemente la dificultad de un número considerable de ellos para asumir la experiencia de éxito personal, incluso cuando condiciones y capacidades parecía que se aunaban favorablemente para lograrlo; y esto acompañado, muy normalmente, por una fuerte agresividad contra aquél del propio círculo o ambiente que sí se atrevía a asumir sus aspiraciones, desarrollarlas y tener éxito (¿rechazo al opresor introyectado?, ¿imagen del espejo que me devuelve mis posibilidades no asumidas?, ¿temor a violar las normas implícitas del grupo en que me reconozco?). No deja de llamar la atención, y creo que está relacionado con lo anterior, el bajísimo porcentaje de estudiantes universitarios³ que logran culminar sus estudios (¿simples dificultades económicas?, ¿falta de puestos de trabajo que restan aliciente?, ¿no podría haber también un cierto temor a salir del propio círculo o ambiente para entrar en otro mundo no sentido como propio, con posibilidad de sentir hostilidad y rechazo tanto del mundo del que pretendidamente se sale como al que se accede?). Pareciera que crecer, salir adelante, destacar, tener éxito o tener vocación de poder fueran experiencias vedadas. Una suerte de temor y deseo frustrado de salir del reducido y reduccionista espacio propio; una negativa compulsiva a cambiar el calor de una engañosa seguridad, que acaba por asfixiar, por un espacio de riesgo y libertad.

³ No tengo datos exactos, pero para las universidades de Puno y Cusco debe ser aproximadamente el 10%.

COMENTARIOS

Este mundo me parece que está latente, y pugna por explicitarse, con destellos muy claros a veces, en el trabajo que comentamos. Reconozco, es claro, que no todo su contenido está en esta misma línea, pero me parece indudable que ése es un eje absolutamente presente.

CONCLUYENDO

Pero, ¿por qué es todo esto así? ¿Es todo causado por la situación de pobreza extrema y de violencia que vivimos? ¿Y si fuera al contrario? ¿Y si nos atreviéramos a verlo como parte, al menos, de las causas?

Durante el pasado año, 1992, año del Quinto Centenario, se ha publicitado, con justa razón, el lema de «500 años de resistencia». Somos conscientes todos, no obstante, de que la resistencia necesariamente se produce en una situación de marginalidad. 500 años de marginalidad, 500 años de exclusión -muchas veces violenta- del poder y de las instancias de decisión, de desprecio y marginación, ¿no habrán llegado a introyectarse, tanto personal como colectivamente, de manera que hayan creado una cierta tendencia compulsiva a la marginalidad? 500 años de sometimiento al opresor, quien quiera que haya sido éste, sean personas, estructuras o instituciones, con toda una larga historia de luchas frustradas, ¿no habrán provocado un sentimiento de agresividad que se vuelca contra uno mismo?

Sé muy bien que éste no es ni puede ser el único elemento de la explicación, ni posiblemente el más importante. Las causas se entremezclan y se influyen mutuamente. Pienso, sin embargo, que no dejaría de tener sentido preguntarse por la posible influencia de lo anterior en nuestra realidad de hoy. Podría ser una vía que aporte nuevas pistas. Y si esto fuera así, ¿cómo revertir la situación? No parece fácil. Me viene a la mente aquella

ANDRES GALLEGO

frase de Holderlin: «Donde crece el peligro también crece la salvación», y ojalá tenga razón cuando añade que «lo que buscamos está cerca».

Comentario de Luis Herrera

Existe un vacío de información en torno a la juventud, que probablemente se ajusta al abandono real, social, económico y emocional en que se encuentra este sector social en nuestro país. Constituye la franja más incierta y más dejada a su destino, el cual por momentos parece unirse al impreciso futuro del Perú. Justamente, *lo que debiera constituir una reserva de fuerza y esperanza es lo que cuesta más trabajo mirar*. Es por eso que un conjunto de inteligentes observaciones como las que comentamos, recogidas de historias de vida de un grupo de jóvenes campesinos de la sierra sur de nuestra patria, tienen una importancia muy grande. Sólo conociendo a fondo el repertorio de emociones, autopercepciones y visión del mundo interno y externo podemos entrar a las raíces profundas de nuestra identidad.

Siempre hemos pensado que desde la propuesta psicoanalítica el lenguaje y, más precisamente, el «hablar» es una privilegiada forma de comunicación. Quizá por eso nos sorprende, en primer lugar, que en estos jóvenes «hablar» no sea algo que se de para expresar sus sentimientos, sino sólo para coincidir con los otros. Como si, por razones que creemos que no son sólo individuales y que más bien se ubican en lo aprendido a través de la familia, los jóvenes hubieran tenido que renunciar al lenguaje, en la dimensión que modifica, expresa y hace suyo el mundo exterior, y se hubieran más bien quedado con el «hablar» en su forma sumisa, como nexo frágil de comunicación y, en el mejor de los casos, como repetición dependiente de los deseos ajenos, renunciando a los propios.

COMENTARIOS

Es desde esta perspectiva que las respuestas obtenidas pueden estar contaminadas por la sola presencia de un entrevistador que pretende extraer alguna información y que, en algunos casos, no pertenece a la misma clase social que el entrevistado. Creo, sin embargo, tal como Maria Angela Canepa sostiene, que lo que se llega a recoger es muy valioso, tanto para orientar futuras entrevistas como por la información en sí que dan los entrevistados. En especial, en lo referente a aquellos temas que consideran «naturales», menos comprometedores.

Por ejemplo, pueden describir cierta soledad en su crianza por la ausencia afectiva de sus padres, que Maria Angela Cánepa deduce que es visto como algo «natural» para ellos, tanto como lo es cuidar a sus hermanos menores y a sus animales desde pequeños. Afirma que «el tiempo de crecimiento se diluye y desaparecen las etapas diferenciales en el desarrollo...». Los niños devienen en adultos, como si el juego y el trabajo se confundieran en una sola actividad, que, por incorporar la responsabilidad en lo lúdico, nos lleva a dudar de nuestra concepción de juego.

Freud nos hablaba de ese espacio lúdico como una reserva natural, en la cual, en general, se ubica todo lo fantástico, cumpliendo un papel importante en la vida adulta, no solamente en la infancia. Además, es probablemente el lugar de donde tal vez se extraen los recursos para, fortalecidos, volver a la brega cotidiana, es decir, al trabajo. Se hace pues importante diferenciar juego de trabajo o, en todo caso, puntualizar su complementariedad.

De las historias presentadas podemos observar que el juego es como un entrenamiento previo para el trabajo, pero en él no hay la seriedad del trabajo, sigue siendo un juego, aunque de responsabilidad mayor. Cuando Arguedas menciona al niño campesino, afirma que éste juega trabajando, su honda es juguete y a la vez instrumento para arriar sus animales, dándole aparte un lugar también para el espacio del juego en la naturaleza. Por ejemplo,

LUIS HERRERA

recuérdese el juego del zumbayu, ese pequeño trompo que zumba y que sirve para organizar juegos competitivos entre los niños indígenas.

Ruth Benedict nos decía que en algunas culturas agrarias, como antes en los pueblos cazadores y recolectores, los niños jugaban a representar roles adultos, por ejemplo, de roturar la tierra o de cazar o pescar. Pero aún así, lo que nuestra recopiladora parece señalar es que se trata de una infancia en la que el placer y, por lo tanto, el juego placentero no están preponderantemente presentes, y en donde ésta ausencia es vista, retrospectivamente, como algo «natural», pero al mismo tiempo doloroso. No pudiéndose entonces diferenciar con claridad si se trata de sentimientos de resignación o si, más bien, no se llega a percibir la necesidad de transformarla.

Sin embargo, afinando la mirada, la autora nos conduce felizmente hacia los silencios y omisiones expresivas, que se cargan de significado. Aquí la propuesta interpretativa del psicoanálisis nos permite hacer que el vacío se llene de sentido y deje de ser omisión para transformarse en mensaje. Es como si para estos jóvenes no esperar nada fuese mejor que exponerse a la desilusión que conduce a la desesperanza. Y lo que es aún más terrible, a la confrontación con las propias carencias.

Sin embargo, se percibe una grieta en este muro de protección frente a la miseria interna: (desde una mirada posterior) se acepta que la infancia fue infeliz. Dice al respecto Maria Angela: «abre paso al dolor, al cansancio, y a la conciencia de su dureza». Al revisar los jóvenes su historia anterior surge una nostalgia por lo que faltó, pero que lamentablemente no conduce a desatar el nudo doloroso de las ausencias. Seguir adelante no es entonces, en el sentido analítico, un «recordar», es un «repetir» y, como consecuencia, un desvalorizarse.

Se dificulta así el cambio, *pues éste siempre colocará al joven al filo de la posibilidad de volver a corroborar su incapacidad. Nada debe cambiar, moverse.*

COMENTARIOS

La leyenda es: lo malo conocido es mejor que lo bueno por conocer. El riesgo es siempre mayor que lo que se puede alcanzar, lo cual quiere decir, además, que la leyenda se completa: «yo soy el culpable de mis incapacidades», parece concluir el joven.

No se percibe que la precariedad vino de fuera. Se asume más bien como propia. Se internalizaron los agresores externos y se asumen ahora como propios. La culpa, entonces, inmoviliza sin encontrar la vía hacia la liberación. Si alguien le pide que piense diferente, que entienda lo que siente, probablemente será sentido por éste como una amenaza, y suscitará una actitud aún más sumisa y desconfiada. Pero en esa sumisión, lo que se lee es la denuncia del otro como alguien que domina. El otro, en estos casos, se ve precisado por la actitud del dependiente a asumir el rol de dominador.

Si esta observación pudiera ser analizada, como rápidamente sugiere María Angela Cánepa al hablar del entrevistador y el campesino entrevistado, quizá entenderíamos que están aún vigentes vínculos tan antiguos como nuestra cultura andina y su determinación de ser traumáticamente conquistada. Recordemos al pongo de «*Los ríos profundos*» de Jose María Arguedas. En el capítulo «*El viejo*», este personaje muestra una actitud sumisa al extremo, con una necesidad de hacer lo que se le ordena al punto de parecer definirse por la sumisión. Veamos entonces que ha renunciado a su propio rostro y obligando al otro a ser dominante.

Es interesante que los jóvenes tengan la experiencia recurrente de «ser dejados», lo que lleva a la asociación de la autora entre abandono, soledad - carga abrumadora y prematura. La nostalgia parece entonces enquistarse y relacionarse con el fatalismo. Se acepta quizá el dominio como forma de protección. El «ser libre» es vivido -dice María Angela- como «estar desamparado» .

En este escenario, parece lógica la renuncia al propio deseo. Lo contrario, darle salida, expresarse, revertir

LUIS HERRERA

la situación, es exponerse a la violencia. Y el joven entrevistado teme suscitar violencia en los otros. Debe callarse lo propio, inclusive la propia rabia, de la cual el temor a la violencia de los demás parece ser ahora una clara proyección. Nuevamente él es el gran sacrificado, desconoce que son otros los que le causaron su infortunio y desconoce que su cólera se dirige hacia si mismo, hacia los representantes internalizados de sus agresores.

Es por eso que surgen conceptos que aluden a las emociones básicas, pero que lamentablemente devienen en nociones vagas que alejan de una real toma de conciencia. Las figuras de identidad, como vemos, son frágiles y plantean lo contrario a una identificación: «no seas como yo». Creemos que lo que se internaliza finalmente es «no tengo más remedio que ser como tú». Salvo una posible identificación con los agresores, de la cual no parece haber mucho indicio en el material, el destino parece dibujarse a partir de lo enunciado.

Pensamos que sin una adecuada cadena de identificaciones, es difícil tener una adecuada identidad. Más bien, el devenir se convierte en una suerte de tedioso repetir experiencias vividas. Vivir el presente, entonces, es corroborar el no-cambio, pues se convierte en una sucesión de comprobaciones de la no existencia del futuro como tal.

Hubiera sido interesante poder diferenciar en el grupo estudiado a los hombres de las mujeres, así como también sería tal vez importante saber cuántos jóvenes hay en cada edad, pues en este caso la gama entre 15 y 23 años nos parece muy amplia y los cambios entre estas edades suelen ser notables. De todas formas es importante tener los datos presentados. Creo que a través de ellos hemos escuchado «hablar» a estos jóvenes... quizá por primera vez. Ojalá que este informe sea sólo el comienzo de un diálogo fecundo entre entrevistadores y entrevistados, entre estudiosos del comportamiento y representantes del Perú profundo.

COMENTARIOS

Comentario de Gonzalo Portocarrero

Sobre la base de 9 entrevistas con jóvenes del sur andino, María Angela Cánepa ha elaborado sus «Aproximaciones a la subjetividad de los jóvenes andinos». La palabra «aproximaciones» me parece muy precisa, ella refleja la naturaleza fragmentaria de sus comentarios. No son sistemáticos, tampoco existe la pretensión de generalizar. Quiero decir que no se explicita un programa de análisis, un conjunto de temas interrelacionados de cuyo examen pueda fluir un retrato de temas de la subjetividad de estos jóvenes. Sucede que en una serie de acápites se estudian otros tantos temas, pero no hay razones manifiestas que fundamenten la selección de los temas o el orden en que son tratados. De otro lado, no llegamos a saber en qué medida los comentarios son aplicables a todos los casos. Entre la posibilidad de predicar algo demasiado genérico sobre el conjunto de casos y la no menos problemática de agotarnos en la especificidad de uno sólo, está la alternativa de comparar sistemáticamente, hallar semejanzas y diferencias; construir tipos. Pensar ciertas variables independientes (edad, género, educación, tradición cultural, características familiares), analizar su efecto sobre ciertos aspectos básicos del mundo interior: seguridad, autoestima, identidad. Ello permitiría construir una tipología.

Mucho de la diferencia entre el programa seguido por María Angela y el que insinúo líneas arriba proviene de nuestras distintas formaciones. María Angela es psicóloga mientras que yo provengo de las Ciencias Sociales. Pero decir que haría las cosas en forma diferente, no invalida -desde luego- el enfoque de las «Aproximaciones...». No obstante, me parece justificado reclamar tanto una mayor sistematicidad en el orden de los temas, como un esfuerzo por comparar casos en el análisis de cada uno de ellos.

Debo decir que he leído muchas de las entrevistas comentadas por María Angela. En realidad asesoré el desarrollo del proyecto, sobre todo en su fase de elabo-

GONZALO PORTOCARRERO

ración. Aconsejé el uso de la entrevista en profundidad como herramienta metodológica. Aporté en la construcción de una muestra que tuviera en consideración variables como: género, edad, lugar de residencia, tradición cultural, estado civil, etc. Participé en la capacitación de los entrevistadores.

Explicito estos antecedentes porque debo manifestar mi total coincidencia con la observación de María Angela en el sentido de «...una tendencia, en la relación entrevistador-entrevistado, en que el primero (también joven y del sur andino) ansioso por recabar datos...interrumpe y corta la respuesta de los jóvenes... sigue su propia lógica, o tal vez se resiste en temas más personales del otro, porque eso probablemente «moviliza» sus propias experiencias afectivas». Creo que podría irse aún más lejos. A veces la entrevista se convierte en interrogatorio. No se genera la calidez que permite la revelación. Se intimida. En algunas ocasiones el sexo se convierte en tema difícil de manejar. Las preguntas son textuales (no personalizadas), las respuestas tienden a ser monosilábicas. Los entrevistadores fueron jóvenes populares vinculados a la pastoral. ¿Hubieran sido diferentes los resultados de haberse empleado, digamos, jóvenes de la Universidad Católica? Sería interesante hacer el experimento, pero como hipótesis arriesgo la idea de que las barreras étnicas y de clase hubieran empobrecido mucho más las entrevistas. Mal que bien estamos frente a una presencia muy infrecuente en nuestro intelectualizado mundo de clase media: jóvenes del sur andino, hijos de campesinos y, en muchos casos, agricultores ellos mismos.

Un primer hecho que llama la atención a María Angela es la «naturalidad» con que estos jóvenes aceptaron, cuando niños, condiciones materiales y afectivas que nosotros calificaríamos como extremas. Parecen salir indemnes de situaciones que nos semejan muy traumáticas. ¿Fatalismo, falta de imaginación para vislumbrar alternativas, sobreadaptación? ¿O también sufrimientos enmascarados, problemas no reconocidos como tales? Sin pretender una res-

COMENTARIOS

puesta definitiva, la autora señala que en todo caso un bajo horizonte de expectativas ayuda a producir un sentimiento de conformidad. Me parece que a este factor se podría añadir la cercanía del vínculo con la madre en los primeros años de vida; período donde se forma lo que Erikson llama confianza básica. Puede que mucho de la fortaleza para resistir experiencias difíciles tenga su origen en esos primeros años, cuando los bebés son amamantados y cargados sobre la espalda de la madre.

Una segunda observación se refiere a la vivencia del control paterno como «amparo-protección» y a la amenazante connotación de la libertad. La desconfianza respecto a la propia autonomía tendría que ver con «...la idealización del pasado, de la tradición, de la colectividad... apunta (en un nivel más interno)... a un funcionamiento (metafóricamente hablando) endogámico, centrípeto, paralizante del cambio, el intercambio y el movimiento». Los jóvenes andinos serían entonces reacios a asumir la libertad, añorantes de un orden fuerte en que sus demandas estarían sabiamente procesadas. La hipótesis es sugerente. No obstante me parece percibir un sobretono de mistificación del cambio y la modernidad. Aunque busque afanosamente el cambio, el hombre moderno se encuentra prisionero de la obsesión. No me parece que sea más libre; sucede sólo que sus ataduras son internas. Obedece a un mandato de logro incesante. Es individualista pero añora la comunidad. La relación entre endogamia, resistencia al cambio y temor a la individualización me parece muy sugerente.

Un tercer grupo de observaciones se refiere al cambio asociado al pasaje a la juventud. La violencia familiar disminuye, se verbaliza en todo caso. El joven toma distancia respecto de su familia. Inclusive los padres lo pueden alentar con el «no seas como yo». Frase paradigmática, expresión de una conciencia devaluada por la interiorización del racismo. También vehemencia por «catalpar» al hijo fuera del medio socio-cultural, en la creencia generosa de que la salvación existe en el medio urbano

GONZALO PORTOCARRERO

de las clases medias. El racismo interiorizado implica pues una ruptura de la tradición y la endogamia. La aparición de una suerte de mestizaje bastardo, que conlleva renuncia y desintegración. En todo caso muy poca felicidad. Aquí la pregunta es, desde luego, en qué medida es posible una apropiación de la modernidad que no impida una continuidad armoniosa con la tradición.

Finalmente quisiera recordar el caso de un joven entrevistado. Dentro del grupo era quien había sufrido más el hambre y la escasez. A pesar de ello, sin embargo, se mostraba como un joven digno y muy capaz de gozar las cosas buenas de la vida: su pareja, la música y el baile, el juego y el trabajo. Vivía rudimentariamente pero no se concebía como pobre. Aunque pueda prestarse a «idealizaciones andinistas», un caso así viene a desmentir la creencia que convierte la abundancia en sinónimo de felicidad y a la carencia material en fuente de vileza e indignidad.

Podría seguir comentando el trabajo de María Angela. Pero consideraciones de tiempo y de espacio lo desaconsejan. Después de todo no es un problema porque se trata sólo de una interrupción en un diálogo que, animado por un mismo espíritu, continuará dentro de poco.

Réplica de María Angela Cánepa

Al retomar el diálogo propuesto por *Allpanchis*, quiero referirme a cada uno de los comentarios siguiendo el orden en el que aparecen en estas páginas. En primer lugar, me parece muy importante la coincidencia con Carlos Iván Degregori respecto a la relevancia de la dimensión subjetiva para tener una visión más completa de los jóvenes y para comprenderlos no sólo como «potenciales actores sociales - transformadores de la realidad», sino como personas-sujetos con conflictos, dudas y facultades latentes. Para comprenderlos también como expresión de los mecanismos con los que la organización social introduce en las

REPLICA

vidas personales criterios tales como la inevitabilidad del sufrimiento o la necesidad de que las cosas se repitan con ligeras variaciones en cada generación¹.

LA ADOLESCENCIA REALMENTE EXISTENTE

Creemos que la manera de abordar los años de la transición de estos jóvenes hacia la adultez es preguntándoles cómo se sienten, cómo viven, qué se plantean, cómo ven el pasado y cómo el futuro. Como con cualquier otro joven, sus respuestas nos darán indicios del arraigo del deber ser de sus padres y de su comunidad, nos permitirán conocer si existe un conflicto entre tal guión de vida y los sueños y proyectos que los propios jóvenes tienen. Sus respuestas y asociaciones nos dirán cómo viven esos años. En las entrevistas se ve que son años de transición: de una vivencia pasiva de la vida cuando niños a una mirada más crítica de reconocimiento y duda, de cambio posible. Nos indicarán también si se ve el futuro como un «ponerse más serio» frente a la vida, manteniéndola tal cual, o si se asume ésta como un producto en movimiento de ellos como sujetos.

Encontramos así que desde el diálogo que nos ha sido permitido presenciar (si lo tomamos como forma de relación frecuente) lo que se arraiga en la psique de estos jóvenes es la idea y el sentimiento de que el sentido de su futuro es *continuar* la historia paterna: hacer una vida igual a otras, con características similares a las de los padres. La rueda inexorable de las ausencias de la familia,

¹ Aludimos aquí a la noción de «repetición» en su sentido psicoanalítico, citando la definición de Laplanche y Pontalis: «proceso incoercible y de origen inconsciente, en virtud del cual el sujeto se sitúa activamente en situaciones penosas, repitiendo así experiencias antiguas... con la impresión muy viva de que se trata de algo plenamente motivado en lo actual... se atribuye fundamentalmente a la característica más general de las pulsiones: su carácter conservador» (p.71, Diccionario de Psicoanálisis)

MARIA ANGELA CANEPA

las violencias, el descontento seguirían convirtiendo en hábito lo que en su origen fue una respuesta a la necesidad de sobrevivencia. Sin embargo, ellos atisban otras formas, otras vidas fuera de las de la comunidad y la familia y, en esas imágenes del afuera forzadas, alienantes, inarmónicas a veces, encuentran reflejos de aspectos que tienen dentro de su mundo interno. Reflejos que no son un programa de vida. Son sólo una noción de que existe lo diferente. Entonces lo «diferente» propio, personal, se confirma de alguna manera como posibilidad remota, como cambio, como movimiento. El problema reside, tal vez, en que los esquemas externos que el joven encuentra suelen ser alienantes, vacuos, poco consistentes y, desde una mirada crítica, terminarían verificando una impresión según la cual «todo cambio es basura». (Cito aquí un comentario de un joven huancaíno residente en Lima-Canto Grande). Pero felizmente hay varias percepciones de cambio.

Carlos Iván plantea un problema central: el de las brechas y distancias. Brechas que a veces pueden saltarse dialogando, debatiendo. La brecha que nos impuso trabajar con entrevistas ajenas ha sido, sin embargo, objeto de reflexión al permitimos ver una de las formas de diálogo para los jóvenes. Nos permitió acercarnos a fragmentos del texto de los jóvenes (como lo advertíamos en el artículo), pero nos ha posibilitado también ser espectadores de una interacción, de una forma de comunicación, y señalar la importancia que tiene el vínculo, la comunicación, los silencios, las preguntas. Así, hemos podido plantear que si tomamos a los entrevistadores como emergentes-portavoces de lo que la sociedad, las instituciones promueven/silencian en los jóvenes, los resultados son interesantes. Vemos, por ejemplo, que se relleva el dolor con tal fuerza que opaca los potenciales, las alegrías, gustos y proyectos.

Nos preguntamos si el pesimismo que Carlos Iván capta no es acaso el que los propios jóvenes sienten cuando se sitúan en la conciencia del dolor y la carencia solamente, cuando las oportunidades de decir-decirse devienen

REPLICA

en espacios de confusión, silencio, desencuentro. O, acaso, el pesimismo que nosotros sentiríamos si creyéramos que estos jóvenes son sólo producto de sus determinantes externos, que son muy limitantes, y nos negáramos a «escuchar» los movimientos que se van dando dentro de ellos, donde siempre están los potenciales de cambio, crecimiento, desarrollo.

Muchas veces las expectativas de los jóvenes de reparar o restituir las carencias de su propia historia se dan a partir de ser conscientes de su protagonismo, como deseo de ser, como padres, mejores que sus propios padres y proveer a sus hijos de otras pautas y mayor afecto. Confirmamos entonces que en estos como en otros jóvenes existen, aunque difusos, «ideales» de padre, madre, hijo. Poco ambiciosos, cuyo rasgo común sería el deseo de que sus propios padres tuvieran más permanencia. En algunos casos, el deseo de que no hubieran muerto tan tempranamente; en otros, la necesidad y demanda implícita de que fueran más consistentes. En algunos, quitarles la amargura y la violencia... hacerles volver la mirada con más frecuencia y benevolencia hacia sus propios hijos. Tener mayor cercanía afectiva con ellos. Esos son los ideales de los jóvenes: no tanto tener padres modernos, sino, más bien, tener padres contenedores y proveedores de seguridades. ¿Creemos que ese deseo-necesidad-derecho es un atributo de la modernidad? Numerosas constataciones nos señalan que el «hacerse» de los seres humanos siempre supuso la presencia en sus primeros años de un cuidado en manos de figuras paternas que varían según las culturas².

Tímidamente esbozado, ese sería el «deber ser» de los jóvenes para con su mundo familiar. A nivel de «mapa

² Por ejemplo, las reflexiones de Igor Caruso sobre la dependencia del infante humano; las investigaciones de Konrad Lorenz sobre este aspecto; las observaciones de John Bowlby sobre el cuidado materno; los trabajos de Margaret Mahler sobre los procesos de separación-simbiosis-diferenciación, etc.

MARIA ANGELA CANEPA

cognitivo» puede ser un bosquejo de guión. Como suele suceder, sus orígenes están en las experiencias tempranas, repensadas al acceder a los cambios físicos del periodo de pasaje de la infancia a la adultez. Simplificando, la conciencia del dolor vivido es el posible origen de un querer ser distinto.

Pero no es fácil acercarse a la manera cómo la realidad, las tradiciones y formas de vida maltratan y perturban a los jóvenes y abordar su sentimiento de indefensión y soledad. Todos reconocemos la agresión que ejercen sobre ellos las condiciones de vida, el abandono en que el estado y la sociedad tienen a los jóvenes y a los campesinos, como nos lo recuerda Herrera. Pero es muy duro enfrentar la internalización de esta agresión. Allí está la dimensión que señala Gallego: más allá de los límites puestos por la realidad social, existen límites puestos por los propios jóvenes en función de su temor a pasar las fronteras de lo ya conocido. Desde nuestro reconocimiento de sus dificultades, méritos y esfuerzos, y con una absoluta empatía y respeto por sus búsquedas y logros, nos parece importante señalar las «sombras» de sus vivencias y destinos, porque creemos que en su reconocimiento está la posibilidad de transformarlos.

LA BRECHA CON EL ENTREVISTADOR

El registro de unos aspectos sobre otros muestra la subjetividad de quien recoge el testimonio. En este caso, su impacto ante el dolor de los jóvenes. Quizás ello no permite ver las dimensiones de fortaleza, lo cual no niega que ésta exista. Cuando decimos que extrañamos en el registro «el poder, la vitalidad, el distanciamiento... los cambios, los deseos... un guión de vida propia, diferenciada de la de los padres», no los consideramos aspectos deseables pero ausentes. Los consideramos rasgos detectados en el texto, aspectos que sabemos que de hecho están

REPLICA

y que el entrevistador *no registra*, como probablemente los investigadores adultos y otros interlocutores, directos o no, de estos jóvenes no llegan a registrar.

Nos preguntamos el por qué de esa dificultad. ¿Acaso en nuestra mentalidad en torno a lo «andino» hay esquemas en los que no cabe incluir recursos, fuerzas presentes en la subjetividad de las personas? Nos parece importante señalar que, aunque en una cultura se considere al niño como hombre pequeño, eso no necesariamente significa que lo sea. Significará tal vez que esa es la imagen que se tiene del niño, porque ejecuta funciones de hombre en pequeña escala. Pero estamos hablando de conductas y, a nivel de fantasías y mundo interno, los procesos infantiles y adolescentes son muy «grandes» y son distintos y peculiares según los estadios de su relación con la madre, el padre; según los afectos, las normas, el sello de la comunidad y las posteriores imágenes de sociedad, «afuera», futuro y pasado. Algunos avances en las ciencias psicológicas en los últimos decenios nos han permitido ver que los procesos para devenir hombre adulto se dan durante la vida infantil y adolescente. Son procesos físicos, psíquicos, intelectuales, afectivos, sociales, etc. Y esto es válido para los seres humanos en general.

La adolescencia no se vive de una manera homogénea en las diferentes culturas. Recordemos, sin embargo, que eso no implica que el correlato afectivo e ideológico de los cambios que el proceso de crecimiento supone se den bajo formas distintas. Reconocemos que en algunos casos tales procesos internos no se hacen visibles, lo cual no quiere decir que, dada una aproximación como la que nos ofrecen éstas entrevistas, no se pueda vislumbrar lo que hay de conflicto o de esbozo de identidad en cambio, lo que hay de creación de una imagen de sí diferenciada a la infantil y a la de los otros.

Por eso no vemos a los jóvenes entrevistados como seres rutinarios, sino como personas con un potencial de cambio latente y en ebullición. Son algunas entrevistas

MARIA ANGELA CANEPA

o momentos de ellas las que dan un clima de «rutina». No los sentimos reprimidos, sino carentes de un espacio y vínculo donde sea posible explicitar sus impulsos y deseos. Tampoco los sentimos resignados, sino convencidos de una impotencia que desde el afuera se les adjudica, relevando sus límites más que sus posibilidades y haciéndoles sentir como inviable e imposible todo lo que emerja de ellos. Con lo cual termina borrándose el criterio de realidad para distinguir lo viable de lo imposible. Tal vez la palabra más adecuada sea «pasivos» y no tanto «resignados», aunque por momentos también aparece este sentimiento.

La diferenciación e individuación son logros del desarrollo de cada ser humano, que más o menos sutilmente siguen siendo sancionados en diversas culturas y medios. No sólo en condiciones de pobreza o subdesarrollo. Los mismos ejemplos de Carlos Iván muestran que existen los impulsos hacia la diferenciación. El que sean sancionados o mal vistos no implica que no existan o no deban existir. Si se dan es porque constituyen parte del bagaje de los seres humanos y sus comunidades para modificarse a sí mismos y a su historia. Obviamente, si no se da un espacio de desenvolvimiento de la individualidad, de la voluntad, de los deseos y proyectos de estos jóvenes, estamos aliándonos con fijaciones o involuciones para que todo lo que aún no es sólido se evapore (antes de serlo) en el aire. En otras palabras, para que los jóvenes experimenten la vivencia de ver abortados sus proyectos antes de haber podido por lo menos formularlos.

Aunque comprendo el punto de vista, me preocupa que la afirmación de Carlos Iván Degregori pueda ayudar a concluir que en el mundo interno de estos jóvenes existen literalmente traspoladas las carencias de su mundo externo y que no siendo aún modernos difícilmente pueden ¿individualizarse, tener un guión propio de vida? Coincido con que aún ahora se espera de ellos que sigan las tradiciones y repitan aspectos de la vida de sus padres y comunidades. ¡Ellos mismos lo dicen! Es un mandato, sigue

REPLICA

siéndolo, pero lo es también la multiplicidad de otros estímulos imperativos y destinos que se les muestran y proponen o dejan pasar ante sus ojos. Pre-modernos aún, su mundo interno tuvo y tiene movimientos hacia la no repetición: instintos que apuntan a la rebeldía-diferenciación-resistencia; imágenes de otras posibilidades para ser, sentir y vivir. No estamos hablando de formas de vida o conductas. Como señala Carlos Flores: «ya cambian su vestimenta: primero las ojotas por zapatillas, hacia el jean, la casaca, la camisa, el no uso de sombrero... ni chullo», es decir, cambian «de los pies a la cabeza». Así parece que se da por fuera, pero por dentro es al revés: los cambios se van dando en la imaginación, en la percepción de las cosas, en la capacidad de oír la propia voz sin asustarse (porque ya los otros no se asustan o violentan por eso), en la posibilidad de preguntarse el por qué y el cómo. Los jóvenes van desarrollando hacia la posibilidad de cambios y concreciones de alguno de los aspectos de su vida «desde la cabeza a los pies», desde la imaginación hacia la realidad.

Finalmente, la migración y la educación son derechos y sueños de estos jóvenes. No lo dudamos, y sabemos de los procesos de democratización que implican. Pero subjetivamente hablando resulta peligroso que los jóvenes se queden anclados en la creencia que estos procesos transformarían sus vidas por sí mismos. Sabemos que lo que sucedió décadas atrás es irrepetible y de lo que se trata es de permitir que estos jóvenes accedan a una información realista sobre sus derechos y posibilidades, y sobre la factibilidad real de cada una de sus creencias.

PENSANDO EN EL PAÍS A TRAVÉS DE LOS JÓVENES

El comentario de Andrés Gallego nos lleva a trascender la reflexión sobre estos jóvenes hacia una mirada que los comprenda como la expresión viva de un rasgo nacional: el

MARIA ANGELA CANEPA

temor al logro, a la culminación, al crecimiento. Obviamente, esta observación no niega los cambios y logros producidos por los peruanos, pero añade una perspectiva que incluye a los sujetos con mayor responsabilidad y poder. Una perspectiva en la que cabe preguntarse hasta qué punto las resistencias a cambiar formas repetidas de vida, entendidas como «esenciales» de la identidad nacional, se renuevan en cada generación, en sus hondas certidumbres de vivir una historia inexorable, con lugares predeterminados en el orden social.

Andrés nos lleva a planteamos hasta qué punto el respeto y la admiración, la idealización a veces, de determinados aspectos de nuestra cultura puede otorgarle un carácter de intangibilidad a estos aspectos, lo que hace incuestionables formas que generan sufrimiento y parálisis en sus gentes. Que nos convierte en deterministas, en gente con dificultad de cambiar nuestros esquemas por estar tratando con sectores de la población investidos de cierto «trato diferencial», frente a los cuales se considera herético un análisis que los emparente con otros sectores.

Quisiéramos discutir, sin embargo, un punto. Más que un efecto de «desintegración personal» en los jóvenes, nos parece encontrar dificultades para lograr una integración satisfactoria para sí mismos dentro de sus esquemas de vida. Podemos hablar en algunos casos de una precaria integración, porque es ardua la tarea de articular exigencias familiares más las provenientes de la modernidad y los nuevos modelos que se les ofrecen. Pero consideremos que lo es más aún por la precaria estabilidad y autoconfianza logradas desde los vínculos tempranos. Desde ahí Andrés se pregunta si el crecimiento llega a darse plena y realmente. No sabríamos responder a esto: creemos que hay aspectos que, como Carlos Iván señala, producen logros a fuerza de transformar la dificultad en reto. Hay otros aspectos en los que parece ser que los jóvenes viven mucha pequeñez, insuficiencia y temor. Pero ¿qué es el pleno crecimiento o, como lo planteábamos, la consumación de sus posibilidades? Para ello vislumbramos dificultades externas

REPLICA

e internas, reales e imaginarias. Y en este aspecto los jóvenes andinos están sujetos a las vicisitudes humanas del permanente peligro de no poder dar de sí todo lo que se puede, en lo que -ciertamente- no son originales.

Las preguntas planteadas por Andrés me parecen muy importantes, en algún momento crudas por su afán de entender la «verdad», sin velos ni eufemismos, respecto al sentir y vivir de los jóvenes. Creemos que merecen ser tomadas en cuenta y valoramos que, desde su lugar y experiencia, con su permanente acompañar las andanzas y explicaciones que estos jóvenes realizan, se permita abordar directamente los efectos observados por él del mundo interno de los jóvenes, de lo inconsciente e introyectado para entender el devenir histórico de nuestro país. Entender así efectos que devienen en causas y retroalimentan el circuito de repetición que hace del pasado idealizado un lugar de llegada.

Las reflexiones de Andrés me permiten recordar que muchos de los aspectos discutidos por el equipo del IPA respecto a los jóvenes surandinos desde la perspectiva de lo subjetivo los acercan a sus contemporáneos de las ciudades, habiendo muchas diferencias (por ejemplo, en cuanto al manejo de los afectos, a una mayor transparencia y polarización de estos en los surandinos). Resulta que los vínculos en las ciudades no son más estables ni sanos ni mejores. Son diferentes. Pero los jóvenes aquí expulsados de la matriz familiar tienden a desarrollar una coraza defensiva, agresiva, negadora de los efectos que en ellos tuvo su historia. No todos, pero los hay. Nos provoca cautela aceptar los retos del comentario: jugar a ver en el país en su conjunto los rasgos encontrados en esta región. Pero reconocemos que algo de eso existe. No se pueden hacer tipificaciones ni generalizaciones, pero en diversos sectores sociales y bajo distintos disfraces encontramos (a veces bajo el velo del imperativo de hacerlo) el veto a diferenciarse, la repetición de algunos jóvenes de las creencias, modos y prejuicios de sus mayores, sin aportar ninguna veta nueva, propia, peculiar.

MARIA ANGELA CANEPA

Detenerse en los rasgos del mundo interno de estos jóvenes pretendía, en principio, para una primera aproximación, ser sólo un reconocimiento. Poner en común sus vivencias, describir y analizar lo que encontramos. Antes que nada, esto tendría que ayudar, a quienes como Andrés trabajan con ellos, a conocer y comprender mejor a esos jóvenes y poner en acción interpelaciones, preguntas, formas de comunicación, que no sólo alienten y respalden sus iniciativas sino que, en su momento, puedan también señalar los aspectos que desde ellos mismos enturbian sus vidas y limitan su quehacer.

Porque entendemos que el posicionarse en el fracaso la insuficiencia o la marginalidad (en el sentido que él le da) no sólo es obra de la realidad social sino del poder perverso (descrito en el comentario de Herrera como el mecanismo del dominador) que ésta ejerce en el mundo interior de los sujetos: la convicción de una insuficiencia total.

Los interlocutores de los jóvenes tendríamos que poder ser acogedores, respetuosos, delicados con sus cosas más íntimas, pero también capaces de confrontarlos, interpelarlos, escuchar de ellos lo que no nos gusta ni queremos, pero que está allí. En ese sentido, el comentario de Andrés es una señal de la posibilidad de ser interlocutores tan democráticos como para discrepar, cuestionar y transformar formas de relación que ya no se reduzcan a dejar pasar lo que se observa, como si fuera no susceptible de una mirada crítica y preocupada. Así podríamos evitarles a los jóvenes la vivencia que otra frase de Hebbel describe: «el que soy saluda tristemente al que podría ser».

LAS INVISIBLES RESERVAS DE FUERZA Y ESPERANZA

Las precisiones de Luis Herrera sobre el juego y el trabajo en los niños ayudan a comprender la no exclusión de

REPLICA

ambas actividades y el papel de la fantasía allí donde ellos estén, haciendo lo que hagan. Coincidimos en la complementariedad entre juego y trabajo y nos parece muy pertinente la observación.

Quisiera agregar una duda: no sabemos si el placer en la infancia de estos jóvenes está o no muy presente. Intuimos que sí, pero a través de las entrevistas se nos muestra una comunicación excluyente de lo que pudiera ser placentero, represiva para lo espontáneo (por ejemplo, cuando no se pregunta a un entrevistado qué travesuras son aquellas que recuerda con picardía o cuando se le señala a un joven que antes de pensar en su enamorada tiene que buscar un método anticonceptivo, no habiendo el joven mismo aludido aún a lo sexual).

Respecto a la esperanza coincidimos con que la cautela de los jóvenes entrevistados para sentirla es una defensa ante la desilusión. Pero, repensando esto, nos preguntamos: si el hábito en las conversaciones es cortar las especulaciones, el hablar «por gusto», entonces, tal vez el silenciar la esperanza, no hablarla y, a veces, no sentirla esté siendo el resultado de experiencias en las que estos juegos de fantasías fueron mal vistos, castrados o ridiculizados. Pues parece ser que no se puede ver-oír a los jóvenes andinos, «jugar» con sus esperanzas libremente, se los baja raudamente a la realidad. Si bien en un momento de reflexión crítica puede ser importante confrontar sus ilusiones con su viabilidad, hay momentos -debería haberlos- en los que la comunicación exige el derecho de «decir» sin coto.

Es también un aporte del comentario de Luis Herrera la referencia a la percepción psicoanalítica: repetir no es recordar y recordar supone un nivel de autoría sobre sí mismo que permite proyectar y dejar de repetir. Las repeticiones en este grupo, como señala Herrera, están ligadas a sentimientos de autodesvalorización. Por momentos los recuerdos son usados para afianzar esa tendencia, pero, en la mayoría, recordar les sirve para

MARIA ANGELA CANEPA

tomar distancia, procesar, re-pensar. La percepción de «cambio» como idea, deseo está connotando siempre el peligro de repetir la propia incapacidad. El cambio, entonces, no es visto como promesa sino como amenaza, peligro, posibilidad de re-caída en lo mismo.

Quisiera relativizar uno de los puntos del comentario: la afirmación muy poco matizada de cómo el dominado obliga al otro a actuar como dominador. Creemos que hay una gama de procesos que se juegan en esas escenas. Originalmente el sumiso actúa como tal porque fue entrenándose para hacerlo en función de sobrevivir. Fue activamente violentado, y esa violencia externa se hizo hábito, defensa, actitud permanente. Vale la pena repetir que, en la medida en que esa escena se modifique (cada vez que haya conciencia de qué es lo que reproduce) se irían desanudando los mecanismos que la forjaron.

También nos gustaría matizar la afirmación según la cual «el temor a la violencia de los demás es una clara proyección». Lo es muchas veces, pero no todas. Los antecedentes de violencia vivida como víctimas permiten decir que hay algo de realidad en este temor, lo cual lo hace más agudo y promueve más la proyección, por la magnitud desmesurada de la propia rabia que se va acumulando.

Finalmente, resultan pertinentes las sugerencias de una mayor rigurosidad en cuanto a las edades y la diferenciación de los géneros. Las tomamos como propuesta para seguir trabajando estas entrevistas y compararlas con jóvenes de otras zonas, pueblos y ciudades.

LA INCORPORACIÓN EN LA MODERNIDAD

La selección de los temas tal vez ha tenido como «criterio» recoger lo más impactante en las historias de los jóvenes, desde una lectura que trataba de identificar los aspectos ligados a su afectividad y a sus identidades. Intentamos señalar trazos de su subjetividad constantes,

REPLICA

recurrentes, comunes a las historias que se nos hicieron llegar.

El comentario de Gonzalo nos hace preguntarnos acerca del por qué del «orden» seguido por nosotros. Como él dice, tal vez sea algo más que un problema de distintas disciplinas. Nuestra vivencia fue la de una gran dificultad y una conciencia de estar articulando las historias de otra manera. Tal vez la propia lógica de nuestro planteamiento -el imperio de lo cíclico y repetitivo- es lo que impide dar un salto hacia una fluidez y coherencia, en las que nos sentimos atrapados.

Nos resulta muy valiosa la sensibilidad de Gonzalo para percibir la relevancia del tipo de comunicación en la entrevista y ver entonces la manera cómo ésta cierra el acceso a las profundidades. Creemos que si en las ciencias sociales se puede asumir que cada relación, cada vínculo que se establece entre las personas es significativo, sea cual fuere su tarea, podrían modificarse mucho más dimensiones en los sujetos solamente poniendo en cuestión el vínculo, el encuentro, la asimetría que por lo general éste tiene, lo que se genera en él.

Resulta interesante la pista abierta en este comentario sobre el valor del vínculo materno para generar «reservas de fortaleza» o, como dice Gonzalo, de confianza básica. Sin embargo, recordemos que junto con indicios de esta confianza conviven rasgos de desconfianza, básica también. Faltaría trabajar más en profundidad esos años y carecemos aún de datos para ir más allá. Creemos, sí, que la percibida «naturalidad» con que tratan lo doloroso se refiere a la «normalización» peligrosa de lo frecuente, al carácter de legítimo y definitivo que adquieren los hechos cuando son comunes, habituales, culturalmente instalados.

Respecto a lo mencionado sobre la libertad y las connotaciones que ella tiene en los jóvenes, creemos que los temores que suscita están asociados con la creencia de no ser capaces de administrarla, de autoprotegerse y am-

MARIA ANGELA CANEPA

pararse. Cuanto esto responde a la realidad, es una vivencia subjetiva, solamente nos preocupa. Se asocia a la reflexión de Herrera sobre el peso y la tentación del papel dominado-pasivo-sin libertad. Siguiendo la reflexión de Portocarrero estoy de acuerdo con la ambivalencia y tensiones que genera la modernidad, pero me parece que sólo plantearlo así es nuevamente llevar el tema del cambio a los imperativos de la modernidad. Yo planteaba el cambio en minúscula, a escala personal, en el panorama de las vidas de cada uno de estos jóvenes. Cambio en el sentido de crecimiento, planteo de horizontes propios, desarrollo de sus potenciales «a su manera». Sé que este planteamiento sonara conformista, estrecho, psicologista, pero me parece importante exponerlo así, aunque no sea lo más riguroso. Creemos en la posibilidad de ejercicio de libertad independientemente de la modernidad, en el sentido de realización personal en el marco de vida existente para estos jóvenes. No planteamos que cambien de vida, sólo que ellos puedan agotar las posibilidades que la vida les ofrece.

Pienso entonces que, tal vez, lo que el psicoanálisis revela en el desarrollo de las personas, cuando éste es pleno, sea un ideal para pensar la incorporación en la modernidad sin «traicionar, recusar, olvidar» las tradiciones y el pasado. Es una espiral que integra los recuerdos, el pasado, la vivencia de éste como origen y punto de partida, como fuente de impulso y de inspiración para la construcción de una vida con vicisitudes, pero donde el sello propio de las propias elecciones, fracasos y logros, marca la distancia con la «tradición». Es entonces no repetir, recordar para crecer y trascender el recuerdo, incorporando lo pasado con traumas y carencias incluidas, pero rescatando lo que Degregori señala: la capacidad de convertir las carencias en posibilidad de restitución, reparación, bienestar.

Hay muchas razones para fundamentar que la creencia, tan ideologizada, según la cual la pobreza con-

REPLICA

diciona a una especie de pseudohumanidad ha sido solamente un argumento para mantener y perpetuar la exclusión, la dominación y la injusticia. Creemos, como indica Gonzalo en su comentario, que surgen personas muy íntegras, completas, serenas de contextos de pobreza. Las conocemos y les debemos mucho más que una reflexión. Las propias historias en cuestión son muestras -insistimos- de recursos, proyectos, semillas de algo que esperamos florezca. Esto será posible si ponemos más atención al clima, al sentido de los encuentros, intercambios y mensajes en los diversos trabajos con jóvenes. Y si abrimos nuestra disposición a recibir lo que ellos quieran y puedan plantear.

Sinceramente espero que nuestro interés por estos jóvenes pueda ir articulando cada vez mejores aportes para nuevas aproximaciones. Gracias.